

# 4 voces sobre CADENAS



**COLECCIÓN EDICIONES  
ESPECIALES**

# 4 voces sobre **CADENAS**



abediciones

4 VOCES SOBRE CADENAS

Autores varios

Universidad Católica Andrés Bello  
Montalbán. Caracas (1020)  
Apartado 20.332

Diseño y producción: **ab**ediciones  
Corrección de pruebas: Clara De Lima  
Diagramación y diseño de portada: Reyna Contreras M.  
Fotografía de portada: Vasco Szinetar  
Impresión: Impresiones Lauki, C.A.

© Universidad Católica Andrés Bello  
Primera edición, 2018

Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

## Un país llamado Cadenas

Antonio López Ortega

Una mirada posible sobre la literatura venezolana de hoy podría sopesarla en función de las desapariciones. Desaparecen los libros, los grupos, las tendencias, las editoriales o los lectores. Pero yo pienso sobre todo en los autores, en la lenta desaparición de los autores, ya sea porque mueren, porque los olvidamos, porque dejan de interesarnos o porque dejan de publicarlos. El prodigioso siglo XX, que tanto produjo, se está borrando frente a nuestras narices, y sus últimos representantes nos están diciendo adiós. Yo he sido, debo confesarlo, esencialmente un lector del siglo XX, y esos autores que lo urdieron, con los cuales conviví, ya no me extienden la mano. Están sus libros, por supuesto, si es que quedan, pero las presencias se sienten demasiado frescas como para olvidarlas. En 1977, por ejemplo, vi por primera vez a la poeta Elizabeth Schön, sentada prácticamente frente a mí, recitando para los pocos integrantes de un taller que se llamaba “La Gaveta Ilustrada”, pero Elizabeth, nacida en 1921, se nos fue un día de 2007, tan ingrávida como siempre lo había sido. También hacia finales de los años 70, en su caraqueña casa de Altamira, he debido de visitar por primera vez a Juan Sánchez Peláez, un poeta que me marcó como pocos, con el que tuve una auténtica amistad, pero Juanito, como le decíamos, nacido en 1922, murió en 2003. Yo estaba en un congreso de literatura e hice esfuerzos para regresar desde Chile, que casualmente fue su país de juventud, como benjamín del legendario grupo Mandrágora, pero no llegué a tiempo a su entierro y ni siquiera pude retener una última visión de su cuerpo. Más recientemente, en 2012, moría Gustavo Díaz Solís, a mi manera de ver, uno de nuestros más exquisitos cuentistas, nacido en 1920, a quien no conocí tanto por su carácter de hierro, pero sí admiré mucho. Es curioso el desdén que sentía por sus propias obras, sin duda maestras, como si no importaran, como si nadie las fuera a leer nunca. Por último, en 2001, moría Salvador Garmendia, nacido en 1928 y, en mi modesta lectura, el más grande narrador venezolano de la segunda mitad de centuria, equivalente a lo que fue Rómulo Gallegos en la primera. Guardo la impresión de que Salvador murió un viernes, y el miércoles previo nos encontramos en una presentación de libro que me habían encargado. Yo leía mis palabras y lo veía al fondo de la librería, como envuelto entre sombras. En un momento dado, nuestras miradas se cruzaron, y él

sostuvo la suya mientras yo apartaba la mía. Se estaba despidiendo con ese gesto, pero yo no lo sabía.

He citado a cuatro autores de los años 20, pero ya también desaparecen los autores de los años 30. El primero de ellos, Adriano González León, nacido en 1931, fue el primer ganador que obtuvo el legendario premio de novela Biblioteca Breve, en 1968, con un jurado presidido por Mario Vargas Llosa. Su enorme talento, su abigarrada cultura literaria, lo llevaron de la mano hasta un aciago día de 2008, cuando de pronto se quedó dormido para siempre en una barra. Otra pérdida lamentable, injusta, acaecida en 2008, fue la del gran poeta Eugenio Montejo, nacido en 1938, quien junto a Rafael Cadenas, sin duda, ha sido el que más proyección internacional le ha dado a la poesía venezolana en estas últimas décadas. Fue precisamente Montejo, autor de su emblemático *Adiós al siglo XX*, el que admitía que ese mismo siglo había cobijado en Venezuela a formidables poetas. En su afán de ordenamiento, Montejo sostenía que nuestras promociones literarias estaban signadas por el número 8. Así, se podían enumerar varias generaciones: la del 18, la del 28, la del 48, la del 58 y, agregaduría mía, la del 78. Esos años no marcaban nacimientos, sino más bien períodos de irrupción. Entiéndase entonces que la Generación del 58, por poner un ejemplo, marcaba el año en que la gran mayoría de los poetas nacidos en los años 30 comenzaban a publicar. Esa misma generación, por cierto, fue la de Montejo, pero también la de Cadenas, por no nombrar también a Guillermo Sucre, Alfredo Silva Estrada, Ramón Palomares o Juan Calzadilla, todos poetas esenciales.

Hago un paréntesis para resaltar que la poesía venezolana del siglo XX se apartó muy rápidamente de influencias postmodernistas, de resabios nativistas o de reacciones prohispanizantes. Ya Ramos Sucre, antes de su muerte en 1930, fundaba una senda estética difícil de obviar, pero también la Generación del 18, la primera del siglo, exhibía un inconfundible aliento cosmopolita. Es difícil de entender que en la opacidad del país reinante, que bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez se extiende desde las postrimerías del siglo XIX hasta 1936, la poesía mirara hacia otros horizontes, claramente universales. Pero esa vocación ha sido la de nuestros poetas, lectores insaciables, que abrazaron los trazos de la vanguardia desde muy temprano. La herencia que tenemos, para fortuna nuestra, es la de la lujuria verbal, es la de la música de las formas, es la de la pulsión metafísica. Desde 1951, por no hablar de antes, en un libro llamado *Elena y los elementos*, Juan Sánchez Peláez marcaba un camino impostergable. Toda la poesía que no fuera

la del deslumbramiento de las formas la tirábamos al cesto de la basura.

La obra poética de Rafael Cadenas ha representado, por qué no decirlo, la más importante aventura textual de estos tiempos. Sus poemas nos acompañan como talismanes desde 1958, con la aparición de *Una isla*, y ya son cinco décadas de cercanías, revelaciones, renunciaciones, lecciones o aprendizajes. Mi generación, particularmente, ha crecido con esta poesía, ha bebido de ella, ha hecho suya todas las sonoridades. Es nuestro poeta por antonomasia, nuestra secreta compañía, nuestro mascarón de proa. Se me dirá que este ensalzamiento nada tiene que ver con una poesía que reseña la humildad, que busca lo esencial de la vida, que se aparta de aspavientos, que ve en el yo—esa sacrosanta institución de Occidente— una gran trampa. Pero quizás nuestros accidentes históricos, nuestra ruina política y moral, ha visto en esta poesía del despojamiento, paradójicamente, una tabla de salvación. Nunca pensó Cadenas que su poesía pudiera significar tanto para tantos lectores que la buscan o que encuentran refugio en ella. Pero nuevamente son las circunstancias las que han obrado para que esta conjunción sea así.

Valga también decir que el referente país, de cara al apetito de las vanguardias, ha significado poca cosa. Se le relegaba, se le desdeñaba, se le guardaba en el cajón de los objetos perdidos. Pero esta convicción también mostraba que nadie valora lo que ya se tiene, como el aire que respiramos. El país, digamos, es un *fait accompli*, es el armario donde colgamos la ropa. Con esa seguridad, con ese terreno firme, la literatura avanza en libertad plena, pendiente de su propia evolución, rasgando las vestiduras del conservadurismo y sembrando flores en la cabeza de los obtusos. Hasta que, por supuesto, el país cesa, se detiene, se disuelve, que es lo que ahora ocurre. Nos quitan la pista desde la que despegábamos, nos ocultan las certezas, nos disuelven la cultura que nos explicaba o nos exponía. La libertad con la que una obra como la de Cadenas ha crecido o evolucionado para criticar el sentido de posesión, los tontos afanes, la vanidad, los modos superfluos de la vida de hoy, y apostar más bien por la trascendencia, por la llama que es todo ser, por una condición más celestial y menos terrenal, también cesa o se suspende sin las certidumbres que nos parecían naturales, eternas. Y es en estos últimos años cuando, sorprendentemente, sin que estuviera destinada a ello, la obra de Cadenas, a falta de país, crece entre adeptos y lectores para constituirse en un país alterno, con geografía propia, con habitantes,

con sentimientos, con certezas. Ocurre así con las grandes obras cuando los sostenes que las postulaban desaparecen.

El país que en cuanto a esfuerzo colectivo ya no está, al menos sobrevive, con otras claves, con otras señas, en obras como la de Cadenas. Hablar de islas, de destierros, de derrotas, de falsas maniobras, de intemperies, de memoriales, de amantes, de gestiones, de dichos o de sobres abiertos da para una cartografía, da para un país minúsculo pero autosuficiente. En ese país nos refugiamos, aunque sea a la intemperie, en espera quizás de que el otro país, el originario, resucite de las sombras. La obra de Cadenas, afortunadamente, ya no le pertenece: es una isla puesta a flotar, que deriva por múltiples corrientes, pero en la que vamos todos, apelmazados, sí, pero felices. No es este el destino que el gran poeta, profesor de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, traductor, custodio puntual del lenguaje mal hablado, hubiese querido, creo, para sus versos, pero toda obra es finalmente de los lectores, de los tiempos que la reciben, de los jóvenes poetas que beben de sus aguas. La presencia de Cadenas, más allá de Cadenas; su vigilancia secreta, más allá de sus gestos parcos; su autoridad moral, más allá de quien sólo esgrime como propósito de vida la humildad, se constituye en uno de los pocos regalos que estos malhadados tiempos nos han dado. Qué dicha que esa isla flotante sea de palabras; qué oportuno que ese país sea de certezas; qué sostén que esa deriva preserve verdades insoslayables. Cuando el país mayor que le hace falta al poeta reaparezca, tendremos tierra para saltar a la tierra, tendremos agua para bañarnos en los ríos, tendremos palabras para hablarnos los unos a los otros.

La obra poética de Rafael Cadenas ha representado, por qué no decirlo, la más importante aventura textual de estos tiempos. Sus poemas nos acompañan como talismanes desde 1958, con la aparición de *Una isla*, y ya son cinco décadas de cercanías, revelaciones, renunciaciones, lecciones o aprendizajes. Mi generación, particularmente, ha crecido con esta poesía, ha bebido de ella, ha hecho suya todas las sonoridades. Es nuestro poeta por antonomasia, nuestra secreta compañía, nuestro mascarón de proa.

## Rafael Cadenas: lenguaje y misterio<sup>1</sup>

Moraima Guanipa

Los lectores mantenemos fidelidades con algunos autores cuya obra nos acompaña a lo largo de nuestras vidas. Conforme el tiempo remodela experiencias, visiones del mundo y de la vida, e incluso gustos, así también cambia nuestra manera de leer, releer y recordar ciertos libros que forman parte de la biblioteca íntima donde perviven en anaqueles favoritos y no dejamos de agradecer la riqueza de una heredad que recibimos sin que se nos pida nada a cambio.

Algo de todo esto ocurre con la obra poética y ensayística de Rafael Cadenas (Barquisimeto, 1930), una de las presencias más permanentes en la literatura venezolana e hispanoamericana. Su amplia obra poética, además de sus ensayos y traducciones, dan cuenta de una trayectoria de más de seis décadas de un trabajo en el que “lo característico es la brevedad, la hondura y la honradez”, como escribió José Balza (1999), uno de sus primeros y más constantes analistas.

En la poesía de Cadenas asistimos a la revelación de lo no dicho. Pocas veces una poesía estuvo tan cercana a fundir palabra y misterio, pero, para hacerlo, el poeta también nos entregó el proceso duro, incesante, incluso doloroso al que accedió desde la ascesis, desde una anacoresis interior que fue en muchos momentos desafío al yo, desnudado de todo ego, de toda ambición para plantarse en medio del resplandor.

Del esplendor verbal que asoma en *Los cuadernos del destierro* (1960, 2001), uno de sus primeros poemarios, hasta la síntesis alcanzada en *Gestiones* (1992), podemos seguir los trabajos del poeta por ganar autenticidad en su expresión, un decir que busca proximidad al habla de todos los días, sin abandonar su gusto y dominio por el verso libre, en lo que éste tiene de libertad en cuanto a normativas prosódicas o rítmicas. A lo largo de sus libros, podemos encontrar en Cadenas su comodidad en el uso de versículos, cuya unidad de sentido se presta a su deseo de expresar “el habla del vivir, que siempre está traspasado por el misterio”, como nos dice en *Anotaciones* (1983). La prosificación de su poesía responde, pues, a un deseo

1 Este texto está basado en un capítulo de mi libro *Hechura de silencio*. Una aproximación al *Ars poética* de Rafael Cadenas, Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, 2002.

manifiesto de deslastrarse de todo adorno, de búsqueda de un decir esencial que bien puede ser atravesado por las flechas luminosas del silencio y del pensamiento acallado: “Hazte a tu nada/ plena./ Déjala florecer./ Acostúmbrate/ al ayuno que eres/ Que tu cuerpo se lo aprenda” (*Intemperie*, 1977).

No hallaremos en su poesía la expresión metafórica o la preferencia por figuras retóricas. A lo sumo, la presencia viva de algunas figuras de repetición, que sirven para crear climas de oración y de cánticos más próximos al corazón que al pensamiento. El poeta se reconoce, como él mismo lo expresa, en un decir antipoético, en los rasgos antirretóricos, o más bien en lo que llamó alguna vez una retórica legítima, una retórica natural: “la retórica que viene del corazón”. Poesía desnuda que, en el decir sencillo, en el uso preciso de palabras, intenta mantener la fidelidad con lo real.

Encontramos también un aspecto propiamente constitutivo de su poética: su apego a la prosa, cercana al habla del vivir. Igualmente, su manejo de formas versiculares, que en algunos momentos lo conducen al clima de oración próximo a la sacralidad que intenta comunicar en sus poemas. En esta misma vía, percibimos el distanciamiento del poeta de los desvíos del lenguaje común que distintos enfoques teóricos caracterizan como expresión de literariedad, de poeticidad del lenguaje poético.

En cada una de estas estaciones que conforman la obra de Cadenas, el lenguaje se mantiene como una certeza, como medio para expresar lo insondable, lo sagrado de la existencia cuando se asume como aprendizaje de autenticidad y de fervor hacia la vida en su resplandor: “Vida,/ redúceme a ser/ sólo una crudeza frente a ti” (*Memorial*, 1977). Asistimos a procesos de despojamiento y de renuncia interior que, a su vez, se hicieron carne de palabra. O de silencio.

La obra de Rafael Cadenas ha aceptado dolorosamente la vastedad de un proyecto de profundas raíces humanísticas. Ha sabido dialogar en presente con la tradición cultural occidental, pero también ha bebido de fuentes del misticismo oriental en su camino por ganar el palpito de lo auténtico. De igual forma, se ha detenido en alertar sobre el clima de destructividad que suponen la guerra, los fanatismos.

La poesía de Cadenas muestra la hondura y desnudez de un decir que hace del silencio otra forma del lenguaje, su rostro más radical, así como también la cualidad insondable e indecible del lenguaje y de la poesía. A esta última, le dice: “¿Quién puede

nombrarte/ en verdad,/ quién entre los que se precian/  
entre los gárrulos?/ Tu corona es para silencios  
desconocidos” (*Memorial*, 1977).

Con una coherencia y una continuidad a salvo de las oleadas de las modas o de los estilos, el poeta ha hecho del idioma un espacio entrañable, un lugar para la reflexión humanística sobre el papel del hombre en tiempos convulsos como los que nos ha tocado vivir, en medio de las amenazas y de los arrases de un siglo que ha mitificado el racionalismo científico-técnico, aun por encima de los valores esencialmente humanos.

Esta preocupación por el lenguaje se enlaza con una noción si se quiere filosófica sobre la poesía y su quehacer, que define una poética y una ética del decir. El poeta se reconoce portador de un legado que es menester resguardar de las imposturas y de los caminos minados de una verbalidad encubridora de la realidad. Pero también el poeta, al ser portador del lenguaje, es portador de cultura, de historia.

*Los hados nos dieron  
una lengua noble,  
como un buen vino  
de bodegas medievales.*

*Los poetas están entre los encargados  
de custodiarla;  
pero yo me afano  
entre los artesanos  
para hacerme digno.*

*Con ellos se es menos exigente.  
sólo se les pide que no la deshonren.*

*Ya eso es bastante  
para quien no nació rico  
ni sabe asirse a las palabras.*

*Una labor sin pretensiones,  
un trabajo  
de taller que preserva  
el bien recibido  
y lo entrega a otras manos en el estrépito.*

*Algo humilde pero necesario.*

*(Gestiones, 1992)*

La poética de Cadenas se construye sobre esta consciencia de la posibilidad, y también de

la imposibilidad, del lenguaje. Posibilidad de comunicación, de puente entre la vida y el decir poético, pero imposibilidad de que la palabra pueda ser portadora plena de la vivencia interior, ancla de la realidad, sin que ésta pierda algo de su genuina certidumbre o se falsee en los brillos de la expresión adornada y vacía de sentido. Lo escribió el poeta en uno de sus libros: “Lenguaje/ emanado/ puntual/ fehaciente,/ no el engaño/ de la palabra que sirve a alguien” (*Memorial*, 1977). En estos procesos por ganar la limpidez, por “aprender a ser nadie”, la palabra también se desnuda, se deslustra, se acerca al habla de todos los días y, al enmudecer, asume esa otra forma del lenguaje que es asentimiento y comunión, proximidad espiritual.

Y nosotros, los lectores, también en silencio, seguimos al poeta en su camino, tratamos de acompañarlo en la construcción del sentido, porque sabemos o intuimos que la escritura poética se completa en la lectura. La poesía no es un hecho dado e inmutable al cual el lector asiste pasivamente como testigo o espectador. El lector es coautor, compañero silente del poeta en su discurrir, una tarea nada fácil, que exige nuestro compromiso. Leer a Cadenas es leernos.

Los poemas de Cadenas aguardan por nosotros para revelarnos, para confrontarnos en un espejo donde no hay nadie, salvo nuestra propia imagen: precaria y auténtica. Démosle gracias al poeta por ese camino abierto, por devolvernos a la casa primigenia del ser y de nuestra condición humana: la del lenguaje.

Con una coherencia y una continuidad a salvo de las oleadas de las modas o de los estilos, el poeta ha hecho del idioma un espacio entrañable, un lugar para la reflexión humanística sobre el papel del hombre en tiempos convulsos como los que nos ha tocado vivir, en medio de las amenazas y de los arrases de un siglo que ha mitificado el racionalismo científico-técnico, aun por encima de los valores esencialmente humanos.

## Un breve sobre Rafael Cadenas

Nelson Rivera

Rafael Cadenas encarna un rarísimo privilegio: la de ser, a un mismo tiempo, un enorme poeta y un ciudadano ejemplar. A lo largo de cinco décadas, de forma paulatina, ha ido construyendo un lugar en nuestros pensamientos. El poeta de la palabra exacta y contenida no ha hecho silencio ante la destrucción de la democracia en Venezuela. Pero no se ha conformado con denunciar. Su visión política ha sido otra: la de aportar una mirada lúcida sobre la realidad. Sus eventuales declaraciones o algunos de sus poemas de los últimos años son detonantes de la comprensión. Cadenas nos ha puesto en la pista de cómo el poder totalitario pervierte la lengua, los discursos y los hechos, para ampliar su dominación. Ante la debatida cuestión del posible papel del intelectual en la vida pública de la sociedad, Cadenas ha dado una respuesta: la de convertirse, sin proponérselo, en una referencia moral para los demócratas. Cadenas *ha contestado*, sobre todo, con sus poemas. Esas *contestaciones* lo son doblemente: por lo que argumentan y porque devuelven una renovada dignidad a nuestra maravillosa lengua española.

El poeta de la palabra exacta y contenida no ha hecho silencio ante la destrucción de la democracia en Venezuela. Pero no se ha conformado con denunciar. Su visión política ha sido otra: la de aportar una mirada lúcida sobre la realidad. Sus eventuales declaraciones o algunos de sus poemas de los últimos años son detonantes de la comprensión.

## Rafael Cadenas: para vivir en otra articulación

Ricardo Ramírez Requena

La obra de Rafael Cadenas ha tenido resonancia desde siempre, pero es con la llegada de la democracia a Venezuela que comienzan sus grandes pasos. Poco se habla de su vida previa: su nacimiento y primera formación en Barquisimeto, cercano a Manuel Caballero y Salvador Garmendia; su lucha desde muy joven contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez; sus huidas y andares por Valencia, su fuga a Trinidad, en donde pasó varios años exiliado. Estos son años capitales en la vida de una persona: los que comprenden la infancia avanzan por la adolescencia y llegan a la juventud. Cadenas tenía casi treinta años cuando regresó a Venezuela, luego de su estancia en el extranjero. Años movidos, ajetreados, angustiantes, de exploración intelectual y espiritual. Vemos la expresión de estos años en la escritura de *Una isla* (publicado varios años después) y en el golpe de campana que comprende *Los cuadernos del destierro*. Libro de densidades vegetales y espirituales, ha retomado una vigencia importante en estos últimos años de grandes migraciones en Venezuela. De salida y recorrido de un mundo desconocido. De exploración de espacios nuevos en nosotros. Luego de este libro, tenemos otros textos que muestran una época colectiva y sus vaivenes: *Falsas maniobras*, y el poema *Derrota*. Seguimos recorriendo su obra con un centro principal: la experiencia de caída, de golpe psíquico, de depresión incluso, en *Intemperie* y *Memorial*. Son poemarios en donde resuena un extravío existencial singular, un vacío que no se llena, una exploración interior importante y capital. Marcan un antes y un después en la vida y obra del poeta. De estos poemarios, vemos la llegada de su *Ars poética* y otros textos que significan verdaderos quiebres, separaciones: hay un dejar atrás. Cadenas venía destacando por los cambios profundos en cada libro publicado: eran horizontes propios, que se distinguían unos de otros. En *Intemperie* hay un nombrar lo desconocido; en *Memorial*, su libro más extenso y amplio, hay un comenzar nuevos derroteros con la palabra y en la vida. Dice su *Ars poética*:

*Que cada palabra lleve lo que dice.*

*Que sea como el temblor que la sostiene.*

*Que se mantenga como un latido.*

*No he de proferir adornada falsedad  
ni poner tinta dudosa ni  
añadir brillos a lo que es.  
Esto me obliga a oírme. Pero estamos  
aquí para decir verdad.  
Seamos reales.  
Quiero exactitudes aterradoras.  
Tiemblo cuando creo que me falsifico.  
Debo llevar en peso mis  
palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.  
Si no veo bien, dime tú, tú, que me conoces, mi  
mentura, señálame la impostura, restrégame  
la estafa. Te lo agradeceré, en serio.  
Enloquezco por corresponderme.  
Sé mi ojo, espérame en la noche y  
divísame, escrútame, sacúdeme.*

Luego, en el primer poema de *Memorial* (en *Zonas*, 1970), llamado “Nuevo Mundo”, podemos leer:

1  
*He quemado las fórmulas. Dejé  
de hacer exorcismo. Lejos,  
lejos queda el antiguo poder, mi legado.  
Hálito de fogata en mis narices, mi  
idioma desintegrado, la sombra  
todavía húmeda de un sortilegio.  
Como vena de agua en la oscuridad otra vida avanza.  
Todo el arrasamiento ha sido para desplazarme,  
para vivir en otra articulación.*

Estos libros determinan cambios mayores en la obra del poeta. Luego, nos encontraremos con libros como *Amante* o *Gestiones*, y con experiencias de la prosa ensayística notables: *Anotaciones*, *En torno al lenguaje*, *Dichos*, *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*. Estos ensayos logran trascender incluso primeras propuestas como *Realidad y literatura*, un libro de los años sesenta.

Como a otros autores, los años setenta significaron nuevos encauzamientos, nuevas directrices, nuevos caminos para Cadenas. Y los libros mencionados son el núcleo de su poética (terminan siendo la marca incluso para leer los libros anteriores).

Leemos ahora a Cadenas en una tercera época: la del despojamiento mayor, la del poema como nota de página: lo vemos en *Sobre abierto* o en *En torno a Basho y otros asuntos*. Es un Cadenas ya de regreso, pero con la mirada firme y lúcida.

Son tres momentos que hemos querido retratar: los libros que surgen de los años más jóvenes; los

centrales, aquellos de la crisis mayor de la edad y de sus propuestas estéticas; los de la vejez.

Rafael Cadenas ha sido merecedor de numerosos premios, pero es el premio Reina Sofía de Poesía Hispanoamericana el galardón más alto recibido por un poeta en Venezuela.

Sus palabras son guía y sostén de numerosos lectores en nuestras fronteras y allende las mismas.

Rafael Cadenas es un poeta mayor de nuestra lengua. Uno que trascenderá.

Uno que será siempre leído.

Nuestro maestro, el que nos ha dado las palabras para *vivir en otra articulación*.

Sus palabras son  
guía y sostén de  
numerosos lectores  
en nuestras  
fronteras y allende  
las mismas.

Rafael Cadenas es  
un poeta mayor de  
nuestra lengua. Uno  
que trascenderá.

Uno que será  
siempre leído.

Nuestro maestro, el  
que nos ha dado las  
palabras para *vivir*  
*en otra articulación.*

Este ejemplar se  
terminó de imprimir en  
Caracas en noviembre del año  
2018. Para su diseño se utilizó la  
tipografía Adobe Garamond Pro  
a 11 ptos., ha sido impreso sobre  
Papel Bond 24 y se imprimieron  
500 ejemplares en los talleres  
de Gráficas Lauki C.A.



UCAB **65** años  
1953-2018